

1er. capítulo

Esas mujeres rubias

Ana García-Siñeriz



La casa *pairal*

Quería un sitio hermoso y apartado, lo que las agencias inmobiliarias traducen en su particular código como tranquilo. O en el culo del mundo, cuando el cliente no está.

Buscaba un lugar donde nadie me conociera, en el que aferrarme a enseres y recuerdos ajenos, un lugar al que no llegaran las llamadas entrometidas ni las personas con capacidad para herirme. Necesitaba disolverme hasta casi, casi desaparecer; como el agua derramada que se cuela entre las rendijas del parquet.

La primera casa que me propusieron era una vivienda antigua, «una oportunidad» que se erguía a la sombra de una gigantesca torre de comunicaciones, un ingenio como anclado por un gigante en lo más alto de una montaña que dominaba toda Barcelona.

El día que fuimos a visitarla el viento hacía vibrar el conglomerado de cables con un rugido sobrenatural. La representante de la agencia —aprendería más adelante que ella era la agencia al completo— me aseguró que era un fenómeno poco frecuente. Y, al menos en lo del viento, no faltó a la verdad.

«Oria, Oria Montejo» insistió en pasar a recogerme por el hotel; pero yo la convencí, no sin dificultad, de que me-

Por nos encontraríamos en un lugar neutro: «La parada del Tramvia Blau», decidió.

Paró en doble fila y rodeó el coche con pasos cortos y apresurados hasta abrirme la puerta. Me saludó risueña y atropellada con un apretón que quiso ser profesional a la vez que desenvuelto.

Ya en el coche —un modelo de lujo, diez años antes— y sin parar de hablar, arrancó con mano suelta por la sinuosa carretera que bordeaba las hermosas mansiones de mil estilos del Tibidabo. Aleros mozárabes se alternaban con cubiertas amansardadas y paramentos de estricto ladrillo victoriano, separados tan sólo por un seto de arizónica. La historia de la arquitectura en una sola pendiente de adoquines.

Mi conductora esquivó con pericia los raíles del tranvía hasta girar hacia una zona más agreste y menos urbanizada que atravesamos bajo copas de pinos y algún lirio rezagado en el margen del arcén. Si nos hubiéramos guiado por el alegre reflejo de las hojas de los árboles y la charla de mi anfitriona, habríamos pensado que nos íbamos de excursión.

Ella era una mujer al borde de la cincuentena que conducía levantando las dos manos del volante y desviando peligrosamente la mirada de la carretera. Salpicaba la conversación con nombres que se suponía yo debía conocer.

«Oria, Oria Montejo», me recordó paciente con su tono hipercordial, era la conocida de una conocida de otra conocida mía de Madrid. «¿No nos hemos visto antes?», me espetó con mirada inquisitiva, apartando la vista del frente. Me pasé la mano por la melena desaliñada y, sin querer, palpé la camisa arrugada, que no me había molestado en cambiar. «No lo creo», zanjé sin darle la oportunidad de buscar posibles conexiones que no hubieran aportado nada a nuestra relación. «Yo tampoco soy de aquí», me ofreció a modo de coartada común.

Continuamos por la carretera —tan campestre «y a un paso de Barcelona», señaló— que subía entre crestas tapi-
zadas de chalets clónicos de nuevo cuño y matas de verde
pajizo que los solados no habían conseguido sofocar. Me
explicó que ella se dedicaba a «mover casas», gracias a que
tenía bastantes contactos, especificó, de, supuse yo, tiem-
pos mejores. Se estiró en el asiento —la tapicería de cuero
pelada en los bordes, el respaldo desgastado y ennegrecido
a la altura de la cabeza— a la vez que se llevaba una mano,
inconsciente, a la hebilla del cinturón con dos haches en-
trelazadas. Un logo potente con el que conjurar la sombra
de la estrechez.

El trayecto resultó penoso. Al fin y al cabo éramos dos
desconocidas separadas tan sólo por un pino desodorante
que colgaba del retrovisor como recordatorio de la voca-
ción comercial del encuentro, por mucho que ella intenta-
ra disfrazarlo con su charla una nota más alta de lo reco-
mendable cuando se conduce y se habla a la vez. Me había
ido interrogando, a la vez que justificaba su curiosidad con
el pretexto de proponerme «la casa perfecta», el lugar ideal
para mí, que ella y su amplia cartera de «torres y áticos con
terrace» y todo tipo de inmuebles de lujo y zonas de servi-
cio, gimnasio y vigilancia las veinticuatro horas del día,
eran capaces de ofrecer.

Al cabo de varias respuestas elusivas resultó evidente
que no acababa de aclararse conmigo: mujer, treinta y tan-
tos largos; «¿Cuántos años tienes, si no es indiscreción?»,
me había lanzado, calibrando con ojo inquisidor. Me pasé,
incómoda, la mano por la cabeza; llevaba el pelo un día
más sucio de lo socialmente aceptable, incluso para alguien
como ella, que tenía toda la pinta de preferir el marcado a
un buen champú.

Mi aspecto no debía de cuadrarle con la aparente falta
de problemas presupuestarios, la búsqueda de una «vivien-

da independiente en zona tranquila», «que parezca habitada», y la vaguedad de mi situación personal. «Este tipo de casas es el que buscan las familias», dejó escapar, imprudente, mientras giraba de un volantazo hacia la carretera de las Aguas. Al ver que yo no reaccionaba se recompuso a la velocidad del rayo, «también hay a quien le gusta vivir así: artistas, profesionales liberales, gente bohemia en general».

Me identifiqué entonces como traductora —siempre me ha gustado encajar en los estereotipos; por dar facilidades...— y antes de que siguiera preguntando le dejé claro que la que yo necesitaba era «únicamente para mí». Sabedora de que si el cliente paga, el cliente manda, cerró la boca, no fuera a estropear el negocio ella solita.

Entre lugares comunes a la izquierda y reticencia a la derecha llegamos a nuestro destino. La carretera moría en un fondo de saco marcado por dos pilares de piedra y un borde de maleza descuidada. Mi acompañante redujo la marcha y entramos bamboleándonos por un camino que dejaba otro sendero de tierra a la derecha: «Lleva hasta Can Julieta, la casita en la que vivían los guardeses, los masoveros, como dicen por aquí», aclaró mientras controlaba por el retrovisor a dos perros que se acercaban ladrando en un registro aún más agudo que el suyo. Uno me pareció un caniche de color blanco sucio; el otro, gris y de morro afilado, era de una de esas razas tan de moda, pero que no supe identificar.

Le pregunté si aquella Can Julieta —me gustó el nombre, ¿sería por la de Romeo?— todavía andaba ocupada, y ella, distraída por el alboroto de los perros, hizo un gesto de cabeza que interpreté como que sí. «Mon Repos, la que vamos a ver, no es de nuestra cartera oficial», se justificó ante su falta de concreción. «A veces, hasta resulta agradable tener vecinos...», añadió con una risita que se perdió en el interior de la berlina como un aplauso a destiempo.

Redujo de nuevo y, con gesto experto, detuvo el trasto en el que habíamos subido mientras se quejaba de la gasolina que gastaba, «una barbaridad».

Se bajó con prisas para abrirme la puerta. No es que fuera una obsesa de la buena educación, es que la manilla se había quedado enganchada por dentro y no me dejaba salir. «Estos coches buenos, da pena tirarlos», apuntó jocosamente al rodearlo para abrirme desde fuera. Con un suspiro de alivio, salí al exterior.

—Ya estamos; esto es Mon Repos...

Erguida tras una majestuosa palmera, descubrimos por primera vez la casa. La coronaba algo parecido a un pequeño frontón en el que, en letra clara, aparecían grabados su nombre y el año de construcción: «Mon Repos, 1709.»

A primera vista era más «casa» de lo que había pedido. Una masía de color rojo, grande y algo descuidada, que se levantaba en lo alto de una pequeña loma rodeada de cedros del Líbano, altos como edificios de tres pisos, y, en terrazas descendentes, cipreses tan gruesos que podías esconderte dentro de ellos, y rugosos y centenarios olivos que custodiaban la casa en hileras de a seis. No podía ser más diferente del lugar que acababa de abandonar.

Una ráfaga de viento golpeó la portezuela del coche, que se cerró con un latigazo seco, y las hojas de la palmera se arremolinaron en torno a su tronco como la melena de una mujer airada y resistente a la invasión.

«No se la he enseñado a nadie más que a ti», anunció asomando por detrás del maletero del coche. Tuvo que levantar la voz para hacerse oír en medio de aquel estruendo. «A ver dónde he puesto las llaves», murmuró.

Anduvimos por un sendero de grava hasta acercarnos a la entrada: tres escalones anchos de piedra gastada y una

amplia puerta de madera castigada por el sol. Se detuvo un instante antes de subir, y allí mismo perdió una mano en las profundidades de su bolso. Con la otra fue sacando agendas, dos móviles, manojos con más llaves, supuestamente de otras casas —«exclusivas, perfectas, lugares de ensueño»—, mientras, entre facturas arrugadas y papeles de caramelos, la delataban, obscenas, con su inconfundible aspecto farmacéutico, una caja de trankimazines y otra de Lexatín.

Aproveché para echar un vistazo. Era, según me explicaría ella después con aire reverente, más que una casa, «una casa *pairal*». Y buena parte del conjunto se encontraba visiblemente en obras. Ladrillos desperdigados y montones de tierra en los que ya crecían algunos hierbajos oportunistas remataban el panorama. Como si el constructor se hubiera largado con el dinero caliente y el trabajo a medio terminar.

No sé si porque intuyó mis pensamientos, se apresuró a explicar, sin dejar de bucear en su bolso, que «sólo se alquila el cuerpo principal. El resto está vacío y la obra completamente parada, como puedes ver».

Sí, la casa era hermosa, tal y como había pedido. Hermosa e inesperada. Un anacronismo inmobiliario. Un escenario para otras vidas. Pero no entendía por qué me la había propuesto a mí. Aunque sobre el papel se ajustara a mis peticiones, podía leer en sus «profesionales liberales y casa *pairal*» que algo, algo, no terminaba de encajar.

Mientras ella seguía buscando, «No lo entiendo, si estaban aquí», me detuve en la fachada, estucada en un tono oscuro de granate y cubierta de unas curiosas figuras de inspiración grecorromana de color marfil. Insólito. Extravagante. En cada pared se alternaban dos muchachas de nariz clásica y toga con pliegues tiesos como barquillos y un hombre de cabellos acaracolados y la misma nariz trazada con es-

cuadra y cartabón. En algunas de las escenas era una de ellas la que tomaba el papel protagonista, y la otra, más pequeña, aparecía en un segundo plano, y en la siguiente estampa era al revés. Se las distinguía por los cabellos. Una los llevaba sueltos, flotantes, como los tentáculos de una medusa y, en aquel material terroso, resultaban más claros que los de la otra, apretados en un moño tan severo como el casco de un luchador. La del pelo suelto aparecía en las estampas más alegres, entre pájaros y guirnaldas de flores. La del cabello oscuro, pegado al cráneo, siempre atareada en el horno, con una herramienta o labrando. Eran fáciles de diferenciar. Una rubia y otra morena. Dos concepciones tan antiguas como la Humanidad.

—Estas casas pasaban de generación en generación, y, a veces, los nuevos propietarios les hacían añadidos según los gustos de la época —me explicó mi anfitriona al ver que me interesaba por las imágenes—. Te puedes encontrar de todo, ¿eh?, desde auténticas maravillas a mamarrachadas... arcos góticos en la planta de arriba, alicatados y bodegas andaluzas en la de abajo y vidrieras modernistas en el zaguán...

Me senté en un escalón mientras ella hacía su exposición al borde de desmontar el bolso. «¿Dónde estará la maldita llave?», murmuró sacudiendo el forro con rabia.

—Ésta está muy bien conservada... —dijo, cambiando de tono, refiriéndose a la casa.

Sacó un llavero con una etiqueta de plástico que desechó después de darle la vuelta, y añadió que las tres últimas propietarias habían sido mujeres, *pubilles*, «las mejores guardianas», apostilló.

Después de vaciar en el suelo el contenido de su bolso se sentó a mi lado, con las piernas abiertas, a revolver entre las cajas de medicamentos, las monedas, los clips y los papeles arrugados.

—Los tenderos más viejos, los de aquí abajo, cuentan que Alfonso XIII paraba en su coche para preguntar hacia dónde caía el palacio de su amigo el marqués de Collblau.

Respondí con un alzamiento de cejas. No, conmigo eso no iba a funcionar. Eso, quizás con mi madre, o con Fernando, con él, pudiera ser que sí. Siempre se había pirrado por todo lo que sonara a grandeza e Historia, con hache mayúscula, aunque lo disimulara como la zorra de las uvas con un «no están maduras». Pero conmigo, no. Y aquella casa... podría haberle gustado. Tenía un pasado.

En aquel momento deseé con fuerza dejar de pensar en Fernando. Empezaba a estar algo fatigada del estruendo del viento, que levantaba la arena y se clavaba en la cara con la fuerza de cien pequeños alfileres. Me sujeté el pelo con una mano y alcé la mirada hasta una pequeña torre: «La linterna», se aprestó a informarme «Oria Montejo» con su sexto sentido para el *real estate*. Al ver que yo hacía amago de incorporarme, realizó un último intento y arrancó de un tirón el forro del sufrido bolso, «lástima de tanto Loewe». Con un gritito satisfecho, me enseñó una moneda de euro, una píldora bicolor y un llavero rematado con una estrella y una etiqueta en la que se leía «Inés».

Una vuelta más con la llave en la cerradura y entramos.

El hall olía a yeso húmedo y a miga de galleta. El olor de la soledad.

—Espérame aquí a que abra para ventilar esto —gorjeó mi guía; y me dejó a solas en la penumbra, incapaz de recordar su nombre.

Aquel olor me transportó a la casa de mi abuela; al primer golpe de aire viciado, a oscuras todavía, cuando llegábamos a Berria y ella dejaba las maletas en el suelo antes de abrir postigos para dejar pasar el aire fresco y la luz.

Mi guía volvió hablando a ciegas, ya desde antes de entrar en el recibidor, atusándose el cabello corto y rubio, de un matiz cobrizo a resultas de varios tintes desafortunados. Lanzó el maltrecho bolso sobre un banco de Gaudí y suspiró antes de entrar en materia, frunciendo los labios como el que tiene que recapacitar antes de hablar.

—Si quieres, empezamos por arriba —me propuso, acercándose a la escalera—. Por aquí se sube a la torre, con el dormitorio principal, un gabinete y el baño. Desde el balcón puedes ver quién entra y quién sale —destacó con una risita que quiso ser coqueta—, esto es muuuy tranquilo... ¡pero no siempre fue así!

Se quedó parada esperando mi reacción. Y, tras dos segundos de espera, reanudó la charla.

—Una de las casas que se ve desde arriba la compró hace dos años un futbolista del Barça, no sé si te has fijado al subir... —reveló en tono confidencial—. Una —señaló con misterio— que tenía la carpintería pintada de verde, de estilo tirolés, Santa Margarita... —terminó de precisar.

Puse mi cara de «no sabe, no contesta» pero ella siguió, pasando por alto mi ignorancia de lo deportivo y lo social.

—Bueno, es igual —cortó impaciente—, el caso es que el futbolista tiró un tabique para hacerse unos vestuarios y se encontró con un regalito: un montón de huesos ocultos en la pared.

Me explicó que lo que en un principio creyeron que eran los huesos de algún animal, sellados en arquetas cuidadosamente empotradas en el muro, finalmente se descubrió que correspondían a «huesos de niños, no más de catorce, no menos de seis»... «años», precisó con cierto efecto teatral. El número de víctimas infantiles resultó ser mareante. Más de una decena que «en la década de los veinte, habían desaparecido de las barriadas próximas al mar». Niños pobres que, en algunos casos, ni siquiera fueron re-

clamados». El asesino, un médico en prácticas, un *chevalier servant* que cuidaba de una joven de la que estaba enamorado; la chica era una flor tuberculosa a la que él suministraba el elixir que creía podía curarla: sangre fresca de niños y niñas, hierro fresco, que la joven bebía como una condesa sangrienta de pelo a lo *garçon* y *seny* catalán.

Cuando terminó su historia, me miró fijamente. Tenía horror al silencio. Habló de nuevo.

—Un cementerio pegado a una torre de lujo. Horrible, ¿no? —concluyó mientras encendía, a la una de la tarde, los focos de su teatro, las luces del recibidor.

—Horrible —asentí.

—La lástima es que no lo hubiera sabido antes, porque el futbolista ese, un delantero buenísimo que ganaba una millonada, un brasileño creo que era... —buscó su nombre, agarrada a la barandilla de la escalera y con los ojos en blanco—, no me acuerdo cuál, se la habría llevado por cuatro perras... y sin embargo... —Chasqueó la lengua con desagrado—. ...cuando se quiso deshacer de ella...: material radiactivo, ¡altamente contaminante! —concluyó.

Metió tripa contemplándose de reojo en el vidrio esmerilado de la puerta y sacó del bolso despanzurrado uno de los móviles. Con él en la mano giró, con paso decidido, hacia la gran escalera, «¿Vienes?».

Yo me tomé la libertad de avanzar en sentido contrario hasta asomarme a otra escalera, de bajada, más modesta; una rampa oscura hacia el corazón de la casa.

—¡Por ahí no bajas! —exclamó.

—¿Por qué no? —le pregunté, extrañada.

—No tengo esa llave.

Se apresuró a aclarar que era la escalera del trastero y que allí no había nada más que «trastos y telarañas». Si para mí era importante, podíamos acceder desde fuera. «Bicicletas, juguetes, cachivaches...», enumeró cuando le pregunté

por el contenido. «Nada de huesos de niños enterrados», bromeó con un graznido, esperándome para subir.

—Tú no tienes hijos, ¿verdad? —dudó, con el pie en el aire.

Obtuvo un gesto envarado por mi parte y dedujo que su conocimiento del cliente no la había engañado. Cerró la boca y dejó pasar la oportunidad de glosar las ventajas de una casa como aquella, «con tanto espacio, jardines, sótanos misteriosos y desvanes en los que perderse y jugar»: no, no lo dijo, pero lo escuché. Apreté los puños y la dejé estar. Ella ya andaba en otra cosa, demasiado ocupada en loar los acabados —«extraordinarios: caoba, cerezo, laca de China...»— y, verborreica y a lo suyo, no advirtió el temblor de mi boca ni la sombra que me envolvió como un manto de paño grueso y oscuro.

No, no tenía «hijos».

—¿Estás segura de que no nos hemos visto antes? —insistió.

Le devolví una mirada plana y deliberadamente inexpresiva, como si tratara de buscar en el pasado, pero reconozco que no hice ningún esfuerzo. Es más, si hubo algún chispazo, que creo que no lo hubo, de inmediato lo aparté. En cambio, anoté, como una anomalía, aquel reflejo extraño del color de su pelo que ya había advertido. Un rubio quemado. Barato. Hecho en casa, concluí. Ella tomó mi atención por un repentino interés por la propiedad y, rauda, retomó su faceta de as inmobiliario.

—Si prefieres, empezamos por la cocina —señaló con el índice hacia donde yo me encontraba—, aunque lo mejor de la casa está por aquí —terminó, apuntando hacia arriba.

Al ver que no me movía, me adelantó atravesando la

puerta batiente como un maestro de ceremonias, de un empujón decidido.

—El *office*, la cocina, la despensa —desgranó—, y el planchero, por allí —indicó, señalando una puerta de cristal esmerilado.

Todo lo demás, en acero inoxidable y madera exótica. Las estrellas del confort burgués.

—¡Esto no es sólo una cocina, es un pedazo de comedor! —describió, pomposa. Y me devolvió la mirada con gesto satisfecho.

Quien hubiera reformado aquello había respetado el suelo de baldosa hidráulica y las ventanas originales, ligeramente ovaladas, «una intervención mínima... hay que dejar algo de sus antiguos habitantes; espíritu, alma, llámalo como quieras... la tradición no está reñida con la modernidad». ¿No iba a quitarme a Fernando de la cabeza ni siquiera cuando pasaba por todo aquello para poder sacármelo de una vez?

Por si fuera poco, mi infatigable anfitriona añadió un nuevo plus: los muebles ultramodernos habían sido «hechos a medida por un arquitecto muy bueno, de Madrid». A continuación, destacó lo bien aprovechado que estaba el espacio abriendo una gaveta bajo la placa de vitrocerámica, en un detalle de orgullo profesional recompensado por un suave rodar: «¡Fíjate qué maravilla!, ni un tirón.» Las cacerolas y las sartenes se apilaban en una torre metálica, obedientes, a la espera de salir a escena; curiosa configuración, la misma que en mi antigua casa, a la distancia justa entre el lavavajillas y los fuegos. El lugar preciso. La cocina como ecuación.

—En las cocinas bien concebidas siempre se sabe dónde está todo... —añadió, abriendo de par en par más armarios: vasos, platos, trapos de lino, cubiertos, todo aparecía como por arte de magia después de que ella lo enunciara

en voz alta, antes de revelar su contenido como en un truco final. No creo que lo hubiera hecho antes, pero, entonces, le funcionó.

De allí pasamos a «la zona noble».

El salón era una pieza vasta con grandes ventanales y dos sofás idénticos enfrentados como si estuvieran enfadados por su falta de personalidad. Las paredes necesitaban un repaso. Cercos oscuros recordaban dónde habían estado los cuadros. Uno, dos, tres, y a la derecha, dos pequeños más.

—Esto, con una manita de pintura, queda de cine. ¿A ti qué tal se te da el bricolaje?

Traduje simultáneamente de su idioma, el inmobiliario: la propiedad no piensa gastarse ni un duro, se alquila tal y como está.

Del salón me sacó casi a empujones, «Sal, sal, que todavía hace bueno», a una terraza agostada y desatendida que empezaba a reverdecer con las primeras humedades del otoño. Mi guía —ya entonces era incapaz de recordar su nombre... «Oria, Oria Montejo», precisó con una sonrisa paciente— trató de distraer la atención del triste estado de paredes y macetas con otra de sus anécdotas.

—¿Tú te acuerdas del escándalo de las timbas clandestinas de la calle Montroig? —preguntó, achinando los ojos en una expresión que quiso ser sagaz—. ¿No?, vale —asumió—; pues dos casas más abajo, justo en la subida, en la esquina con Palafrugell, era donde se jugaban partidas a seis mil euros la apuesta; ¿no te suena de nada? —insistió.

Pues no.

Era curioso porque, aunque ya creía estar al tanto de todo lo peor que había ocurrido en el vecindario, todavía no había mencionado a quién pertenecía aquel lugar. Tampoco otros datos importantes. ¿Por qué habían dejado las obras a medias? ¿Era por eso que el precio resultaba

razonable? ¿Y el sótano de la llave? ¿Por qué aquella oposición?

Años de convivencia con mi madre y con Fernando me llevaron a pensar que algo tenía que haber.

Entonces, recibió una llamada en el teléfono que cargaba en la mano, y salió a contestar con pasos de pájaro torpe a la vez que me hacía seña con la mano de que curiosara a mi antojo. La dejé ocupada con varios «Sí, sí» entrecortados, estirándose la camiseta blanca para remeterla en los pantalones, en un afán inútil por disimular los incipientes michelines que le sacaba el cinturón.

Libre de su presencia —¿por qué hay seres que ocupan tanto espacio?, ¿no es, aunque no sea una cuestión de modales, una falta de educación?—, continué con la inspección de la zona. Entré de nuevo en la casa y vagabundé por el primer piso: una sucesión de piezas, salón, gabinete y despacho que debían de haber sido concebidas para recibir. No había comedor, y eso que sobaban metros.

Todas las piezas daban al jardín, a través de alambicados ventanales de madera, uno detrás de otro, como en los pisos haussmanianos del diecinueve francés. Metí la cabeza en el gabinete, que resonó como una capilla vacía, y ni siquiera entré. A la última habitación se accedía por una puerta corredera de doble hoja. Y suspendida en el espacio y en el tiempo, como si nadie hubiera sacado nunca un libro de sus estantes, una biblioteca. Intacta. Esperándome, se podría interpretar.

La de la biblioteca fue una de las discusiones que, como solía ser habitual, perdí yo cuando Fernando se encargó de reformar la que había sido nuestra más reciente y definitiva casa, la que acababa de abandonar. «Son algo tan obsoleto como un comedor. ¿Quién tiene servicio para andar yendo y viniendo con la bandeja y la cofia de la cocina? Pues lo mismo... libros, un depósito de polvo y de ácaros. El

papel que hacen ahora es una puta mierda y encima se está cargando la Amazonia con tanta celulosa y tanto libro de usar y tirar.» No quería dar su brazo a torcer. «Una biblioteca es un espacio muerto, un programa en vías de extinción.»

Cientos de metros —jacuzzi, sí; billar, sí; gimnasio y sala de cine, también— y tuve que conformarme con varios estantes sin fijaciones visibles, «una pasada», en los que apenas se aguantaban dos libros de arquitectura y un jarrón danés de vidrio soplado. Pero, a su pesar, mis libros habían terminado por colonizar nuestro espacio. Era traductora, aunque no me pagaran por traducir...

No me llevó más que medio minuto deducir que aquella era la biblioteca de una mujer: *Cumbres borrascosas*, Elizabeth von Arnim, *Orlando* y *Bella del Señor*. El orden de las estanterías. Un par de anaqueles con los mismos libros que, de niña, había devorado yo: Alcott, Blyton, Borita Casas, Crompton, Roald Dahl, Salgari, la condesa de Segur. Una diferencia importante: ella —ya entonces estaba segura de que era *ella*— los había leído en los idiomas en los que habían sido escritos, en inglés y en francés.

Si me hubieran gustado el juego y las apuestas, me habría jugado una llamada de Fernando a que debía de ser, incluso, de mi misma edad. Me había acostumbrado a buscar el significado oculto de las palabras; el de los objetos también.

Recorrí la biblioteca amorosamente. Los tomos, ordenados en líneas ascendentes y descendentes, formaban un horizonte de tardes de lectura casi sin fin. Al lado del ventanal, la butaca perfecta para perderse entre aquel mar de libros. Ancha y tapizada de terciopelo gris. En los reposabrazos la tela raleaba, señal de que alguien se habría refugiado allí antes, quizás, cientos, miles de veces, a leer, a pensar. Junto a ella, una mesita redonda, lo que las revistas francesas que enseñan casas sublimes llaman un *gueridon*, y

delante, para colocar los pies mientras se disfruta de la lectura, ya sin zapatos, un escabel. Al verlo todo junto, se me escapó un suspiro. Una mujer con su propia biblioteca. Y la había dejado allí, tras ella. Alguna razón de peso tenía que haber.

Del exterior, me llegó un cántico. Una voz aguda, como de canario flauta, que en seguida identifiqué.

—... Un liberal murió en Cuba y quiso ir al Cielo, y san Pedro le contestó: «Aquí no tenemos a nadie de tu pelo...» —Mi anfitriona se acercaba desde el jardín a través de la puerta de cristal, haciéndome señas de que la abriera de prisa.

—¡Qué airazo! ¡Qué barbaridad! —Empujó la puerta y cerró dejando un remolino de hojas secas y tierra en la habitación.

—Era una habanera... —me explicó con una risita de intención pícara.

Puntuaba todas las frases con una especie de coletilla sonora que quería ser femenina y que me recordaba a los cloqueos de las aves orondas de las películas de dibujos animados.

—Me ha venido a la cabeza, la habanera, al ver las fotos que tienen en el pasillo, ¿las has visto?

Negué con la cabeza mientras me situaba delante de la biblioteca. Empecé a revisar los anaqueles, mientras ella tarareaba una segunda estrofa.

—Pues echa un vistazo —me recomendó—, son fotos de la familia de los dueños. ¡A ver!, no tienen el empaque de los retratos de las casas de campo inglesas, pero también tienen su gracia... todos esos jipijapas y las señoras con sombreros grandísimos, y tanto lino blanco y tanto bigotón... —enumeró con gesto desenvuelto—. ¡Cuánto libro junto, Jesús de mi vida y de mi corazón! —exclamó. Hizo una brevísima pausa que aprovechó para meter la nariz en lo

que yo estaba haciendo—. No tendrás alergia a esos canchales horrorosos de los colchones y del papel, ¿verdad?

Moví la cabeza distraída en señal de negativa.

La biblioteca estaba ordenada alfabéticamente, aunque por temas. Todos los libros en su sitio, como soldados en formación. Excepto uno. Posado —¿abandonado?, ¿olvidado con las prisas, antes de salir?— sobre la fila de libros de infancia y juventud: *The Secret Garden*, «El jardín secreto», de Frances Hodgson Burnett, en inglés. Un libro para niños, en una bonita edición.

Lo tomé del estante y lo abrí por el capítulo uno: «*There is no one left.*» No quedó ninguno, o nadie, no quedó nadie. O nadie quedó. Traducir es como pensar de nuevo lo que, mucho tiempo antes, otra persona pensara. Cambiar las palabras para que el sentido y la musicalidad de la lengua permanezcan, y se conserven, en un idioma que suena de diferente manera, la esencia, lo fundamental. No es fácil, y para hacerlo bien hay que pensar el texto otra vez. Y escuchártelo, y verlo estampado sobre el papel.

—¿Te interesa la jardinería? —preguntó aquella buena mujer, dejándose confundir por un falso amigo.

Mi reacción se limitó a levantar la mirada hacia ella un instante y seguir examinando el libro.

Era un ejemplar antiguo; comprobé sorprendida que se trataba de una primera edición. Una hermosa estampa pegada a la cubierta de tela verde mostraba a una niña victoriana con un complicado peinado de tirabuzones rubios rodeándole la cara. Un seto recortado enmarcaba una tosca puerta de madera. La niña sostenía la llave en el aire antes de entrar.

Recordaba haber visto una película sobre aquella historia, no muy interesante —de hecho, ni recordaba el final—, con *ella*. Sí, una tarde de invierno, las dos solas, frente al televisor. Pero el libro nunca lo había leído, y menos traducido.

Ella echó un vistazo a la portada y sonrió con el aire de haber comprendido.

—El jardín de esta casa es una maravilla... es un parque, no un jardincito de esos que parecen una jardinera —precisó—, tiene árboles, ¡pfff!, inmensos, traídos de todo el mundo: de América, de Asia, hasta de África, sí, sí —enumeró con su tono aflautado y cantarín—, y hasta hay un estanque, y una piscina, ¿quieres verla? —preguntó.

—No —contesté distraída, pasando las primeras páginas.

En la guarda había un nombre escrito con picuda letra inglesa que no pude descifrar. Debía de ser de su primera propietaria, otra niña lectora que debía de haber muerto hacía ya muchos lustros.

—No me gustan las piscinas —precisé sin levantar la vista. Era la máxima grosería que me permití entonces, en términos de disuasión.

—¡Qué bien haces! —asintió—, porque está vacía... —señaló.

Le di la vuelta a *El jardín secreto*. Una pequeña semblanza de la autora no revelaba más que algunas de sus obras anteriores, el éxito que había alcanzado con ellas y que su hijo había muerto «a los trece años», sumiéndola en la tristeza más absoluta y la depresión. Ya lo recordaba, era también la autora de *El pequeño Lord*. Y ese *Jardín secreto*, destacaban, fue el libro que escribió para curarse las heridas, para superar la pérdida del hijo, Lionel.

—... iban a cambiarla de sitio, ¡qué locura!, cegar ésta y hacer otra más allá... qué disparate... aunque, si se piensa bien, tiene su lógica... —Escuchaba a mi acompañante de fondo, como a una radio con interferencias—. Esta casa tiene muuucha historia... aquí, en la Arrabassada, durante la guerra, era donde los milicianos fusilaban a los señores de misa y querida... Y luego, dicen, dicen... —recalcó con un punto de morbo, intentando captar mi atención a toda

costa— que les daban los cuerpos a los cerdos para no tener ni que cavar una fosa común...

Algo cayó al suelo de entre las páginas del libro.

—Se ha caído esto —dijo, tendiéndome una cartulina.

Le di la vuelta y lo miré.

Era una foto de hacía unos ¿veinte años?, o más. Debía de haber sido tomada con una de las Kodak de mi infancia; yo había tenido una y la calidad —borrosa— era la misma. Tres chiquillos posaban sin artificios delante de la cámara: un muchacho y dos niñas a las puertas de la adolescencia. A esa edad a la que no se ha perdido todavía el brillo de la niñez. Una de ellas era casi albina de tan rubia, una pelusa blanca le nimbaba la cara como un halo de luz. Y la otra, llenita y más morena, aguantaba la foto desviando su mirada, no tan cómoda de estar con ellos. En el centro, el chico, delgado, de ojos ardientes y oscuros y aspecto inquieto, un par de años mayor.

Uno de los rostros —el de la rubia sonriente— tuvo la facultad de trasladarme por unos instantes lejos de aquella biblioteca. No supe si fue a causa de sus ojos, tan azules y algo separados, o de la mandíbula, determinada y masculina, o por culpa de su piel, de una transparencia de cera en la que flotaban constelaciones de pecas sonrosadas... era como si ya la conociera, de otro sitio, de otro tiempo. De otra vida, quizás. Me llevó a imaginar zapatos de suela de cuero recién estrenada sobre pavimentos brillantes y salones. En alfombras de pelo muy largo, y servicios de té de plata muy pesada y asas de ébano, imposibles de levantar.

Giré la foto para ver si guardaba algo escrito. Una sola línea, garabateada con letra redondeada y abierta de colegiala, la marca de los colegios de monjas. «Eli, A. S. y Pepita. El club.»

Guardé la foto en el libro y salí. Mi acompañante, que entre tanto había enganchado otra llamada, cerró apresu-

radamente el teléfono, «¿Qué?, ¿nos animamos a subir?», me preguntó sonriente, señalando simbólicamente hacia el techo.

—No hace falta. Me la quedo —le anuncié, con el libro todavía en la mano.

—¡Estupendo!, ¡fantástico...! —exclamó, aún sin comprender qué podía haber pasado para que cambiara su suerte—, entonces, ¿no quieres ver ninguna otra casa?

—No. Ésta está bien.

—¡Vaya! —aprobo, incrédula—, no me había parecido que te gustara especialmente. ¿De verdad no quieres echar un vistazo rápido a la parte superior? —preguntó, mientras yo negaba con la cabeza.

—Bueno, pues ya tendrás tiempo... si te la vas a quedar... —concluyó, ya en ruta hacia el recibidor, cerrando puertas y apagando luces, mientras yo dejaba el libro donde lo había encontrado.

Cuando cerró la puerta de un golpe —«Puñetera llave», murmuró, sacándola con dificultad de la cerradura—, el viento aullaba aún más fuerte que a la llegada. La casa entera parecía que fuera a salir volando. Oria se sujetó la falda con las dos manos después de soltar dos grititos mientras entrábamos ligeras en su coche, sentándose con un suspiro de alivio, a salvo del huracán que se cernía a nuestro alrededor.

Esta vez bajamos en silencio; ella, concentrada en las curvas de la carretera de la Arrabassada con el entrecejo fruncido y una expresión satisfecha. Encendió la radio sin preguntarme si me apetecía escucharla. Con el trato había perdido las risas flojas y toda su locuacidad. Sin cruzar palabra, dejamos atrás la montaña, haciendo el recorrido a la inversa hasta que me depositó, sin bajarse del auto, en la parada en la que me había recogido, la del Tramvia Blau.

Aquella misma tarde firmamos en la oficina, que no era más que un piso grande y destartado del Ensanche, con muchas habitaciones pequeñas y dos hijos adolescentes y silenciosos que se cruzaron conmigo por el pasillo sin hacer amago de saludar. Firmamos, por seis meses con opción a otros seis, si las dos partes estaban de acuerdo, lo que ella misma y una chica con aire de pasar demasiado tiempo dentro de la oficina llamaron «el contrato», un papelucho sin validez real.

Ni la propiedad necesitaba una inquilina, ni yo una casa como ésa. Pero, por fin, tendría una biblioteca. Y un lugar en el que encerrarme a salvo de miradas compasivas y cuchicheos. Y de las decepciones de Fernando. Y de la piedad asfixiante de mis padres. Allí, estaría a solas. Sola, sin acompañar.

Me despidió en la puerta, casi empujándome. Me tendió el llavero de «Inés», disculpándose porque sólo tuviera uno; prometió que trataría de proporcionarme más copias, por si acaso.

—... María del Carmen... María del Carmen Fernández Fernández... —repitió en voz alta mi nombre completo, tan poco lucido, con el que había firmado mi contrato— el caso es que yo soy muy buena fisonomista... —insistió antes de cerrar la puerta—, no se me olvida nunca una cara —profirió, a modo de amenaza— ¡ya me acordaré!